


LA VIUDA Y LA NIÑA



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LA VIUDA
Y LA NIÑA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

CAMILA CALDERON.

Representado por primera vez en Madrid, en el Teatro de Variedades,
el 27 de Febrero de 1879.



MADRID.

Establecimiento tipográfico de M. P. Montoya y Compañía

Calle de los Caños, núm. 17

1879.

713161

PERSONAJES.

ACTORES.

ANDREA.....	<i>Doña Mercedes García.</i>
MARÍA.....	<i>Doña Luisa Rodríguez.</i>
FELIPE.....	<i>Don José Vallés.</i>
PABLITO.....	<i>Don Federico Tamayo.</i>

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

La propiedad de este juguete pertenece á su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirle ni representarle en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los señores comisionados de la galería *Lirico-Dramática*, perteneciente á *Don Eduardo Hidalgo* son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO UNICO.

La escena representa el jardín de una quinta.—Al fondo una tapia sin puerta.—Por detrás de dicha tapia asoman algunos árboles que pertenecen á la quinta inmediata.—A la derecha, en segundo término, el comienzo de una alameda que figura conducir á la puerta de entrada, y en primer término un velador, sobre el cual se ven algunos periódicos.—Profusion de enredaderas, macetas y flores.—Sillas y bancos esparcidos por el jardín.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA.—PABLITO.

(Al levantarse el telon estará María de pié en el centro de la escena, y Pablito en mangas de camisa montado sobre la tapia.)

MAR. Temblando estoy por si mi hermana nos sorprende.

PAB. A mí me pone un gesto tan...

MAR. Capaz la creo de enviarme otra vez al convento, si sabe que me galanteas. Ay! (Mirando recelosa hácia la casa.)

PAB. Qué sucede?

MAR. Creí que venia mi hermana; pero no viene, no.

PAB. Si la ves, me avisas, porque como me mira con tan malos ojos...

- MAR. No lo creas; es que tiene declarada la guerra á todos los hombres.
- PAB. Menos al vecino de aquella quinta. (Señalando hácia la derecha.)
- MAR. Cómo, mi hermana?... (María coge distraidamente una flor.)
- PAB. Para quién es esa flor?
- MAR. No sé; maquinalmente la he arrancado...
- PAB. Pues dámela.
- MAR. Pero cómo?
- PAB. Tirándola hácia aquí.
- MAR. No tengo bastante fuerza.
- PAB. Prueba!
- MAR. Pero...:
- PAB. Prueba, te digo.
- MAR. Pues allá voy! A la una, á las dos...
(Balanceando el brazo como para tirar la flor.)

ESCENA II.

ANDREA.—MARIA.

- (Sale Andrea de la casa, y acercándose á María le arranca la flor de entre las manos y dice arrojándola al suelo.)
- AND. A las tres!!
- MAR. y PAB. Ah! (Pausa.)
(Pablito desaparece por detrás de la tapia. María queda inmóvil y con los ojos fijos en el suelo.)
- AND. Muy bien, señorita!
- MAR. Andrea!..
- AND. Sólo ocho dias estamos en Carabanchel y ya es esta la segunda vez que la encuentro á usted hablando con ese mequetrefe.
- MAR. Mequetrefe?
- AND. Mequetrefe, sí señora. Un baboso que ayer llevaba mantillas, lo mismo que usted.
- MAR. Pero, hermana mia...
- AND. Cómo ha trabado usted tanta amistad con ese... títere?
- MAR. Si la amistad es tuya.
- AND. La tengo con su madre. Estando su quinta al lado de la mia, natural es que nos tratemos.

Pero no creo que esta amistad autorice á Pablito para estar todo el dia de conversacion contigo. Por supuesto, que tú eres la culpable.

MAR. Yo?

AND. Sí, tú; tú, que á los diez dias de haber salido del convento, donde te llevé para que aprendieras el recato que conviene á una mujer digna, escuchas, en mengua de tu reputacion, las nécias frases de un... cualquiera.

MAR. Pero si Pablito no es para mí un cualquiera. Le conozco desde niño...

AND. Eso nada significa... Te habrá llamado hermosa.

MAR. Está claro.

AND. Y le has creído?

MAR. Ya lo creo! (Como que lo soy.)

AND. Así son la mayor parte de las mujeres! Ten presente, María, que todavía no ha nacido el hombre que diga una verdad en materia de amores.

MAR. No, pues en esta ocasion...

AND. Tú me habrás mirado la cara muchas veces, no es cierto?

MAR. Yo...

AND. Te habré parecido muy fea?

MAR. Pero...

AND. No, si lo soy realmente y por tal me tengo. Pues querrás creer que no he hablado hasta la fecha con hombre alguno que no me llamase hermosa?

MAR. Lo creerian así...

AND. Quita allá! Les parecí un oso, seguramente.

MAR. Entonces no entiendo...

AND. El hombre, pensando, y no sin razon, que la mujer, en general, gusta de la adulacion y de la lisonja, á todas llama hermosas, aunque le parezcan feas; discretas, aunque las juzgue tontas: eso es ya cosa averiguada. ¡Ay María! No hay animal más feroz que el hombre, y lo peor es que de sus garras es siempre víctima la mujer.

MAR. Jesús, y qué mala idea tienes formada de esos pobres señores.

AND. La que se merecen, la que se merecen, nada más.

MAR. Y por qué te casaste si tanto los odias?

AND. Porque nuestro padre lo dispuso así; yo era muy niña y...

MAR. Fuiste desgraciada?

AND. Desgraciada precisamente, no; pero feliz tampoco, pues aunque mi esposo—que en paz descansase—era un hombre honrado á carta cabal, yo no le amaba, y sin amor...

MAR. Pero hermana mía, tú no es posible que ames.

AND. Créés por ventura que soy de estuco?

MAR. No; mas teniendo tan mala idea formada de los hombres... Aunque yo creía que si en general los detestas, en particular había quien te interesaba...

AND. A mí? Qué disparate!

MAR. El vecino de aquella quinta, por ejemplo. (Señalando á la derecha.)

AND. Y quién te ha dicho?..

MAR. (Si digo que Pablito...) No sé precisamente quién... pero he oído hablar de...

AND. Pues sí; ese vecino á quien te refieres, es un jóven abogado, que por cierto debió llegar anoche á su quinta y á quien tal vez veas esta misma mañana, pues sabiendo que has salido del convento y que estás aquí, querrá cono-
certe...

MAR. Y es guapo?

AND. Niña!... Es un hombre... como todos los demás, y al cual no profeso ningun género de simpatía, precisamente porque el verano último, cuando le conocí, quiso llamarme hermosa y divina y discreta y otras muchas lindzas por el estilo, lo que no le perdono; pues que hablarme de esta manera fué confundirme con esas mujeres que creen en las palabras de los hombres. Por supuesto, le indiqué desde luego que su proceder no era de mi agrado y debió entenderme, porque no volvió á incurrir en

semejante falta. Antes por el contrario, dejó hasta tal extremo de perseguirme, que durante el invierno último, dos veces solamente ha venido á visitarme; y lo siento, porque cuando no habla de amor es un hombre razonable.

MAR. Mucho diferimos en las ideas.

AND. Tú eres todavía muy niña y no sabes lo pérfidos, lo engañadores que son los hombres. (Da las diez un reloj.)

Pero, calle, si son las diez. Voy á vestirme.

MAR. Tan temprano?

AND. En el campo, donde tanto se madruga, á las diez es tarde. Además, tal vez esta mañana venga Felipe.

MAR. Y quién es Felipe?

AND. El vecino de quien estábamos hablando: Felipe Mendoza.

MAR. Bonito nombre; si como el nombre es él, desde luego aseguro que me gusta.

AND. Qué dices? (Con severidad.)

MAR. Pero qué tiene de particular?...

AND. Es que la mujer no debe pensar ni decir nada sobre la hermosura de los hombres.

MAR. Ah! Pues yo sí que pienso; ¡y mucho que pienso!

AND. Niña!

MAR. Pero callaré, si tú me lo mandas; sabes que te respeto como á mi madre.

AND. Porque te quiero como á una hija, es por lo que te aconsejo bien, previniéndote contra los hombres.

MAR. No tengas miedo, que ni siquiera miraré á Felipe Mendoza. (¡Como me guste...)

AND. Hasta despues, que voy á vestirme. (Hace como que se va y vuelve.) Ah! que no se repita la escena de la tapia.

MAR. No, si aquello fué que me daba los buenos dias.

AND. Pues procura que no te dé las buenas tardes. (Entra en la casa.)

ESCENA III.

MARIA.—PABLITO.

María se sienta de espaldas á la tapia, apoya el codo sobre la silla en que está sentada, y reclina la cabeza sobre la mano. Pablito, que antes de marcharse Andrea habrá asomado la cabeza algunas veces por detrás de la tapia, aparece de nuevo y pasea la mirada por el jardín.

- MAR. Felipe Mendoza! (Hablando consigo misma.)
 PAB. Ah! Ya se fué la hermana! Chist! (Llamando á María.)
 MAR. Bonito nombre. (Sin oír á Pablito.)
 PAB. Chist! Chist! (Llamando á María.)
 MAR. Será buen mozo?
 PAB. En qué diablos estará pensando? La habrá regañado Andrea?
 MAR. Qué ganas tengo de conocerle!
 PAB. Chist! No me oye. ¡Dios mio! debe de haberla regañado su hermana, no hay duda. Si desde el primer momento comprendí que era mi mayor enemigo!
 MAR. Y yo que voy con esta bata!...
 PAB. Bajo? Sí, me aventuro á bajar, está llorando y es mi deber consolarla. (Se descuelga por la tápia.)
 MAR. Me pondré el vestido que llevaba el domingo. Quiero gustarle... Pablito me dijo que con él estaba encantadora. Voy á ponérmelo...! (Levantándose repentinamente y encontrándose con Pablito.) Ah!
 PAB. Qué tienes, María?
 MAR. Yo? Nada; pero ¿cómo es que estás aquí? Te ha abierto la puerta el jardinero?
 PAB. No, si entré por allí. (Indicando la tápia.)
 MAR. Cómo? Has escalado la tápia? Qué imprudencia! Si mi hermana llega á venir ..
 PAB. Todo por mi amor; te ví llorar y no pude connerme...
 MAR. Cá! No lloraba! (Si él supiera!...)
 PAB. Pues, en qué estabas pensando, así, con la cabeza baja?...
 MAR. En tí!
 PAB. Ah! bien sé que me quieres mucho.

- MAR. (Y dice mi hermana que son tan listos!)
- PAB. Te han regañado?
- MAR. Psí... un poquillo; pero, mira, vete, porque si sale Andrea...
- PAB. Tienes razon. Ah! Ya vino el vecino.
- MAR. Cual?
- PAB. El novio de tu hermana.
- MAR. Novio? Ja, ja, ja! No sabes lo que te dices.
- PAB. Por qué?
- MAR. Porque mi hermana detesta á todos los hombres que le hablan de amor, y como ese quiso hablarle de su cariño el año pasado, le aborrece desde entonces.
- PAB. Pero él?
- MAR. El tampoco piensa en ella. En todo el invierno anterior, creo que sólo la ha visto dos veces. Ahora puede que se enamore de otra.
- PAB. Sin cuidado me tiene.
- MAR. (Quién sabe!) Pero, mira, vete, porque...
- PAB. Sí, sí, voy al punto. Te volveré á ver hoy?
- MAR. Puedes venir despues á visitarnos y con eso...
- PAB. Bien pensado. Me visto, y dentro de un momento estoy aquí.
- MAR. Tambien yo voy á vestirme.
- PAB. Hasta luego, reina encantadora.
- MAR. Adios, Pablito.
(Pablito se encarama por la tápia y á cada frase que pronuncia se detiene un momento.)
- PAB. Adios, mi bien!... Adios, mi alma!... Adios, mi vida! (Desaparece por detrás de la tápia y al momento vuelve á aparecer.) Chist! (Llamando á María: ésta vuelve la cabeza.) Adios, mi amor! (Desaparece Pablito.)
- MAR. Dirán todos lo mismo? Allá veremos! (Entra en la casa.)

ESCENA IV.

FELIPE.

(Sale Felipe por la alameda, acompañado del jardinero.)

FEL. (Al jardinero.) Está bien; esperaré aquí mismo. Di

que no se molesten por mí. (El jardnero entra en la casa volviendo á salir poco despues y desapareciendo por la Alameda.) Encantadora mansion! Y más encantadora aún la mujer que la habita. Pero que carácter tan original el suyo. Detestar á todos los hombres que hablan de amor! Hay cosa más natural que hablar de amor á una mujer hermosa?... A mí llegó á prohibirme... Y sin embargo, tengo la seguridad de que no le soy repulsivo. Pronto conoce el hombre... Pero yo tengo mi plan formado y con él, ó mucho me engañó venzo. Ella está aquí!

ESCENA V.

ANDREA.—FELIPE.

- (Andrea habrá cambiado de traje.)
- FEL. Señora!.. (Dejando el sombrero sobre el velador y saludando.)
- AND. Beso á usted la mano.
- FEL. (Está bellísima!)
- AND. Me han dicho que esperaba usted en el jardin y he venido; pero si gusta que pasemos al salon...
- FEL. Bien estamos aquí, si á usted le parece. En el campo y entre vecinos, no deben gastarse ciertos cumplimientos.
- AND. Como usted guste.
- FEL. (Lo dicho, está bellísima!..) No sé si tendré valor para...
- (Andrea se sienta á la izquierda y ofrece á Felipe una silla que estará á su lado; pero aquél en vez de sentarse junto á Andrea, toma la silla y colocándola con mucha calma al otro extremo de la escena, junto al velador, se se sienta tranquilamente. (Pausa.) Andrea, viendo que Felipe no habla, dice un tanto contrariada.)
- AND. Preciso ha sido que llegára el verano, para que tuviese el gusto de ver á usted
- FEL. Psí... efectivamente... (Mirando distraidamente al cielo.)
- AND. Se vende usted muy caro en Madrid...
- FEL. Mis muchas ocupaciones... (Pausa.)
(Felipe toma un periódico de los que habrá sobre el velador y lee.)
- AND. (Con impaciencia.) Hace mucho calor!

- FEL. En el mes de Julio, qué quiere usted que haga, señora? (Continúa leyendo.)
- AND. (Este hombre no es el mismo. Qué grosero se ha vuelto!) (Pausa.— Felipe sigue leyendo.) Decía usted, caballero?
- FEL. No, yo nada: usted acaso?..
- AND. No, yo tampoco.
- FEL. Estaba distraído leyendo *La Correspondencia*; es mi periódico favorito. Y hoy trae unas noticias tan curiosas...
- AND. Pero, caballero, si esa *Correspondencia* es de la semana pasada y usted llegó anoche de Madrid.
- FEL. (Dejando el periódico sobre el velador.) De la semana pasada? Pues para mí son enteramente nuevas las noticias que trae. Pero se comprende: ocupado en los preparativos del viaje, he pasado muchos días sin tener un momento libre para leer periódicos y...
- AND. Ya lo creo! Pues qué, hay más qué emprender un viaje desde Madrid á Carabanchel?
- FEL. Y á Carabanchel de Abajo!
- AND. Eso es, y á Carabanchel de Abajo! (Vamos, este hombre ha perdido el seso. (Felipe toma otro periódico y lee.) (Oh! esto ya pasa de raya!) Mucho interés tiene para usted ese periódico.
- FEL. Ah! sí, señora, sí; mucho, mucho! (Sigue leyendo.)
- AND. Se comprende: una *Correspondencia* de hace ocho días!
- FEL. No, si no es *La Correspondencia* lo que leo ahora: es *El Imparcial*. Trae unas noticias!...
- AND. Oh! interesantísimas!... Es de hace un mes!
- FEL. (Dejando el periódico sobre el velador.) Pues mire usted, créí... (Pausa.)
- AND. (Pues señor, me va cansando este hombre. Casi casi le prefiriera enamorado á tan grosero.) Llegó usted anoche de Madrid, según tengo entendido?
- FEL. Sí, sí, señora; anoche llegué, efectivamente. Y por cierto que mi criado me enteró al punto de que su hermanita de usted había salido definitivamente del convento, donde se educaba,

y de que con usted habia venido á pasar el verano á Carabanchel.

AND.

Sí, esa es la verdad.

FEL.

Tambien me dijo el perillan que era muy bonita.

AND.

Cómo? Su criado de usted ha reparado?...

FEL.

Señora, mi criado es un hombre como otro cualquiera. Ah! Pero tiene muy buen gusto, y cuando él dice que es hermosa...!

AND.

Será por ventura su agente de usted en negocios de amores, ese criado?

FEL.

Yo acostumbro á despachar estos asuntos por mí mismo y sin necesidad de agentes.

AND.

No, como debe usted tener tantos negocios de esa clase...

FEL.

Pues vea usted lo que son las cosas, no tengo ninguno.

AND.

Ah! No?...!

FEL.

No señora. Y tanto es así, que si su hermanita de usted me agrada y no le soy antipático...

AND.

Qué dice usted? Eso es propasarse.

FEL.

Propasarme, señora, porque digo que si su hermanita de usted me agrada y no le soy indiferente, quiero casarme con ella?

AND.

(Levantándose) Casarse?

FEL.

(Levantándose tambien y cambiando de tono) Tan mal concepto merezco á usted, señora, tan malo, que me juzga indigno de pertenecer á su familia?

AND.

Ah! Cómo? Yo no he dicho...

FEL.

Si pudieron ofender á usted mis palabras, desde luego le pido perdon por ellas.

AND.

Oh! no hablemos de ello; tanto más, cuanto que esta conversacion está basada en un supuesto falso. Usted no conoce á mi hermana.

FEL.

Dije de ella por lo que oí. Y en verdad que deseo conocerla. La sociedad de una mujer hermosa es siempre agradable, y como por estas cercanías no hay ninguna mujer hermosa...

AND.

Qué?

FEL.

Sí, todas son viejas ó feas.

AND.

Cómo?

FEL.

No le parece á usted que tengo razon?

- AND. Si... sí, ciertamente; pero quizá encuentre usted á mi hermana tan fea como á las demás.
- FEL. Allá veremos.
- AND. Téngalo usted por seguro. Todos dicen que nos parecemos extraordinariamente.
- FEL. No puede ser.
- AND. Y por qué, caballero? Hay cosa más natural?
- FEL. Sí, muy natural; pero la mujer á los quince años sólo se parece á sí misma... La frescura de su tez, aquella exuberancia de vida... (Mirando á Andrea.) No, no; imposible!
- AND. Señor don Felipe, yo sólo tengo diez años más que mi hermana y no creo que á los veinticinco... (Pausa.) (Lo dicho, este hombre no es el mismo del año pasado.. Se han llevado uno y han traído otro.)
- FEL. Mucho tarda su hermanita de usted.
- AND. (Dále con mi hermanita!..) Pronto vendrá; la dejé en el tocador. Cuando usted llegó nos estábamos vistiendo.
- FEL. Siento que la hayan molestado á usted por mí.
- AND. Al contrario, me ha hecho usted un señalado favor, porque así concluí antes mi tocado y con eso me miré menos al espejo. Hay dias en que que estoy tan horrible, que no quisiera mirarme... y hoy es uno de tantos.
- FEL. Sí, efectivamente.
- AND. Cómo?
- FEL. No, decia que efectivamente hace mucho calor.
- AND. (Con intencion.) En el mes de Julio, qué quiere usted que haga, caballero?...

ESCENA VI.

ANDREA.—FELIPE.—MARÍA.

Sale María de la casa. Habrá cambiado de traje.

- MAR. (Este debe ser el vecino.)
- FEL. (Saludando á María.) Señorita...
- AND. (A María é indicando á Felipe.) Don Felipe Mendoza, el caballero de quién te hablé.

- FEL. (Le ha hablado de mí.)
- AND. (A Felipe y presentándole á María.) Mi hermana.
- FEL. Tengo un verdadero placer en conocer á esta señorita, que es muy bella.
- MAR. Muchas gracias. (No hay duda, debo ser bonita, cuando todos me lo dicen.)
- AND. Este caballero es muy bromista.
- FEL. No en esta ocasion, señora. Puedo asegurar á usted que la hermosura de esta señorita...
- MAR. María me llamo, caballero.
- FEL. Que la hermosura de María, cautiva mi corazon.
- MAR. Es usted muy fino, muy amable, muy galante...
- AND. Sentémonos, sentémonos. (María se sienta en un banco. Felipe toma una silla y la coloca junto á María; pero cuando vá á sentarse llega Andrea por detrás de él, le aparta con suavidad y se sienta élla diciéndole con ironía): Muchas gracias.
- FEL. No hay de qué. (Felipe se sienta en otra silla quedando Andrea colocada entre éste y María.) Hace mucho que ha salido usted del convento? (A María.)
- MAR. (Hablando siempre con extremada amabilidad) Diez dias.
- FEL. (Cualquiera creeria que hacia diez años.) Poco es.
- MAR. Creo que voy á pasarlo aquí muy bien. Sobre todo si usted nos favorece con su presencia.
- AND. Niña!... (Bajo á María.)
- MAR. (Ya empieza mi hermana á no dejarme respirar.)
- FEL. (Pobrecita, qué corta de génio es!)
- AND. Estoy haciendo un papel muy divertido!
(Felipe se levanta, pasa por detrás de Andrea y se apoya en el respaldo del banco en que está sentada María.)
- FEL. Ah, señorita! Si veo á usted con frecuencia, el favorecido, seguramente, seré yo.
- AND. (Levantándose.) (Vamos, esto no se puede resistir!)
- FEL. (Sentándose en el mismo banco en que María está sentada.) Es usted muy bella!
- MAR. Caballero...
- FEL. Pero mucho, mucho.
- AND. Ay!
- MAR. Qué te sucede?

- AND. Que al cerrar este brazalete me he lastimado.
 FEL. (Con mucha calma y sin moverse.) Eso no vale la pena.
 AND. Por usted seguramente, no; pero para mí que he sentido el dolor...
 FEL. Póngase usted agua fría.
 AND. No hace falta.
 FEL. Eso sí que es verdad, porque...
 AND. Vamos, acabe usted.
 FEL. No, porque me parece que... que ya está usted fresca.
 AND. (Esto va á tener un mal fin!) (Felipe sigue hablando con María.) Ay! (Tropezando con una silla.)
 FEL. Ha vuelto usted á lastimarse?
 AND. Sí, en un pié.
 FEL. Está usted hoy muy desgraciada.
 AND. Y me duele mucho.
 FEL. Procure usted andar con más aplomo, que un mal paso suele acarrear funestas consecuencias.
 AND. (Se estará burlando de mi?)
 FEL. Lo mejor seria que se retirara usted.
 MAR. Sí, hermana mia, si quieres retirarte...
 AND. (Con acritud á María.) Cállese usted! (Pausa. Viendo Andrea que Felipe y María no dejan de hablar, dice á esta última:) Pero, qué haces sentada en ese banco? No ves que está roto? (María se levanta.)
 FEL. Está roto? (Permaneciendo sentado.)
 AND. (A María.) Siéntate en una silla.
 (María se sienta en una silla y algo distante del banco en que está Felipe. Este se levanta, busca una silla y colocándola lo más cerca posible de María, se sienta hablando á esta por lo bajo. Andrea al verlo hace un movimiento de impaciencia, y luego va á sentarse en la silla que estará junto al velador. Toma un periódico y se pone á leer.)
 FEL. (A Andrea.) Señora, si esa *Correspondencia* es de hace ocho dias.
 AND. Leo la novela.
 FEL. Eso es diferente.
 AND. Hay en ella un tipo tan original!
 FEL. Alguna mujer?
 AND. No; es un hombre; pero tan nécio, tan antipático, tan fastidioso... Vamos, digo á ustedes que es un ente muy original.

FEL. Pues lea usted, lea usted mientras nosotros paseámos. (Ofreciendo el brazo á Maria.)

AND. (Esto más?)

MAR. (Aceptando el brazo de Felipe.) Gracias.

FEL. (Cualquiera diria que estaba educada en un convento!) (Felipe y Maria pasean por el jardin. Andrea continúa leyendo. Al pasar junto á esta, se inclina Felipe y le dice intencionadamente.) Le aconsejo á usted que nó se tome tanto interés por ese personaje.

AND. (Pues señor: como continúe así le voy á poner de patitas en la calle.)

MAR. (A Felipe) Es usted muy galante.

FEL. No es galantería; es sencillamente la fiel expresion de mis sentimientos. (Felipe y Maria siguen hablando por lo bajo. Andrea rasga con ira el periódico que estaba leyendo.)

MAR. Qué es eso, Andrea?

AND. Escusada es la pregunta. Ya lo has visto; que he rasgado un periódico.

FEL. Ya me pareció á mí que la lectura de esa novela acabaría mal. No es bueno tomarse tanto interés.

AND. (Por qué no he de tener valor para echarle de mi casa? Es particular...)

(Felipe, al pasar por junto á un rosal, coje una rosa y se la dá á Maria.)

FEL. Ni su color iguala al de esos lábios, ni su frescura á la frescura de esa tez; pero permítame usted que se la ofrezca en prueba de... amor.

MAR. Ah! yo... (Tomando la rosa.)

AND. María! (Levantándose y llamándola.)

MAR. (Sin oir á Andrea.) No sé si... (Ya tengo dos novios!)

AND. María!!

MAR. Qué quieres?

AND. Traeme el abanico, que he dejado olvidado sobre la mesa de la antesala. Tengo un calor extraordinario.

FEL. Pues, no se moleste usted por eso, María; aquí tengo yo uno que... (Saca del bolsillo un abanico que ofrece á Andrea)

AND. Un abanico de hombre?

FEL. Para abanicarse, lo mismo dá que sea de hombre que de mujer.

- AND. No, no; ese es muy pequeño.
 MAR. Pues entonces, toma este. (Ofreciéndole el suyo.)
 AND. Muchas gracias; pero no quiero ni el uno ni el otro; quiero el mío. (Felipe hace señas á María, queriéndole dar á entender que le gusta mucho. María contempla á Felipe. Pausa.)
 En qué piensas que no me lo traes? (A María y con aspereza.)
 MAR. Ah! voy al punto! (Qué oportuna es mi hermana!) (A Felipe.) Vuelvo al instante. (Este es mejor mozo que Pablito.) (Entra en la casa.)

ESCENA VII.

ANDREA.—FELIPE.

Felipe queda de espaldas á Andrea y mirando la fachada de la casa.

- FEL. (Para sí y por María.) (Qué niña tan inocente!)(Pausa.)
 AND. Vamos, este hombre vá á dar al traste con mi paciencia. Y es lo más singular que no tengo valor para decirle lo que se merece. Ejem! ejem! Sin duda me he constipado. Ejem! ejem! Qué tos tan pertinaz. Ejem! ejem! (De vez en cuando mira á Felipe, éste permanece de espaldas.) No hay duda, me he constipado! Sabe usted algun remedio contra la tos, señor don Felipe?..
 FEL. (Sin dejarde mirar á la casa.) Cerrar la boca.
 AND. Es que aunque la cierre... (Sigue tosiendo.)
 FEL. Pues entonces retírese usted. Tal vez el fresco la haga daño. Sí, sí, retírese usted cuanto antes. (Queriendola obligar á retirarse.)
 AND. No quiero.
 FEL. (Cambiando de tono.) Perdone usted, señora. Mi buen celo me hizo quiza, faltar.
 AND. No hay de qué. Agradezco su *buen celo*. Estoy mejor.
 FEL. Lo celebro.
 AND. Gracias. (No sé qué pensar de...)

ESCENA VIII.

A ANDREA.—MARÍA.—FELIPE.

- MAR. Toma el abanico. (Dádoselo á Andrea)
 FEL. Vamos, ya puede usted echarse aire á su placer. (A Andrea.)
 AND. Qué?
 FEL. María... (Ofreciéndole el brazo. María lo acepta y vuelven á pasear por el jardín)
 AND. (Otra vez? Esto es insoportable!) (Se pasea abanicándose con violencia.)
 FEL. (Con mucha calma.) Así, así se le quitará á usted el calor.
 AND. Cómo? (¡Tengamos calma!)
 FEL. El amor brota repentinamente del corazón; y puede usted creer, María, que la amo como si la conociese toda mi vida. (Andrea derriba una silla.)
 MAR. Qué fué?
 AND. Pareces tonta! Haces unas preguntas!... Ya lo ves, que se ha venido al suelo una silla.
 MAR. Pero cómo ha sido?
 FEL. (Levantando con calma la silla.) La cola del vestido de esta señora, fué sin duda. Hay modas tan inconvenientes.
 AND. (Ya te diré yo á tí, si son ó no son inconvenientes.) Sí, eso es precisamente, la cola.
 FEL. (Consultando el reloj) Pero, calle! sin son las once. Voy con permiso de ustedes... (Tomando el sombrero.)
 MAR. Cómo? Se marcha usted?
 AND. (Gracias á Dios!)
 FEL. Sí, señora; es hora de correo y espero hoy un pliego importante. Como ustedes no manden alguna cosa...
 AND. No, no, gracias. Nada de particular.
 MAR. (Bajo á Andrea.) Invítale á almorzar con nosotras.
 AND. Vete al diablo! (Bajo á María.)
 FEL. Entonces con su permiso...
 MAR. Caballero! (Llamando á Felipe.)
 FEL. Mándeme usted.

- MAR. Esperamos que vuelva usted en seguida.
 AND. (Qué dice!)
 MAR. Mi hermana desea que nos acompañe usted hoy á almorzar.
 AND. Yo! (Luego añade cambiando de tono.) Ah! sí, sí; tendré en ello un gran placer. (Habrá muñeca más atrevida?)
 FEL. Son ustedes muy amables; y puesto que me favorecen invitándome á su mesa, tengo el honor de aceptar. (Saluda como para marcharse.)
 MAR. Gracias.
 AND. (Qué rabia!)
 MAR. (Qué gusto!)
 FEL. (Que pene!) (Se va Felipe por la alameda.)

ESCENA IX.

ANDREA.—MARÍA.

- AND. Te has lucido!
 MAR. Pero...
 AND. Quién te mete á tí en arreglar mi casa? Por qué has invitado á ese caballero?...
 MAR. Yo, como...
 AND. Sí, como te hizo el amor, como te llamó bonita, como te regaló esa rosa, has llegado á figurarte que te ama y... Pero ese hombre no será nunca tu esposo!
 MAR. Y por qué no?
 AND. Porque yo no quiero. (Luego añade cambiando de tono.) Porque no te conviene.
 MAR. Pero, hermana mia...!
 AND. Cállese usted!

ESCENA X.

ANDREA.—MARÍA.—PABLITO.

Pablito sale por la alameda. Llevará el sombrero en la mano y se presentará con bastante timidez.

- PAB. Señoras... (Saludando.) (Siempre que vengo he de encontrarme con la hermana.)

- AND. Adios, Pablito. (Con mucha frialdad.) (Qué oportuno es este títere!) (Pausa.)
- PAB. Si molesto á ustedes?...
AND. No, no; nada de eso...
MAR. Al contrario, nos favorece.
PAB. Gracias.
AND. Sentémonos. (Se sientan y Pablito queda colocado entre Andrea y María; pero más cerca de esta última. Pausa.)
PAB. Agradable conversacion. (Bajo á María.) Qué gesto me pone tu hermana!...
- MAR. (Bajo á Pablito) No me digas nada.
PAB. (Y para esto me he vestido?) (Pausa.) Hace hoy mucho calor.
- AND. Sí...
MAR. Sí... (Pausa.)
PAB. En el verano anterior no se dejó sentir tanto...
AND. No...
MAR. No... (Pausa.)
PAB. (Qué conversacion tan amena...!) (Bajo á María.) Para no hablar, me voy.
MAR. Lo mejor que puedes hacer. (Bajo á Pablito. Luego añade para sí.) (Así no le encontrará Felipe cuando vuelva.)
- PAB. Qué rosa tan bonita! (Bajo á María y aludiendo á la que lleva ésta.)
MAR. (Ay, la ha visto!) Bonita? No, no lo creas...
AND. (Aperciéndose de la conversacion que sostienen en voz baja María y Pablito.) Hola!
- PAB. Dámela. (Bajo á María.)
AND. (Ciertos son los toros; galantea á María.)
MAR. (Dando la flor á Pablito.) No hay más remedio. Así no sospechará!...
- AND. (Mujer al fin!) (Viendo que María le entrega la rosa á Pablito.)
MAR. (Para sí.) Si acierta á venir Felipe y vé. . (A Pablito.) Mira, lo mejor que puedes hacer, es irte. Mi hermana está de un humor infernal.
- PAB. (Bajo á María,) Ya se conoce.
MAR. Vete, vete.
PAB. Sí, me voy, porque para esto!...
AND. (Oh! qué idea!...)
MAR. (Viendo que Pablito se levanta.) (Bien vá la cosa!)

- PAB. Señoras, tengo el sentimiento de dejar á ustedes.
- AND. Cómo? se marcha usted ya?
- PAB. Sí, he de ver á un amigo...
- AND. Lo siento; porque de no ser así, hubiera tenido el gusto de invitar á usted á que almorzara con nosotras.
- MAR. Qué dice? (Se levanta y pasando por detrás de Pablito se coloca al lado de Andrea.)
- PAB. Ah! señora!... (Se humaniza.)
- AND. (Este títere servirá de espanta-pájaros.)
- MAR. Sí, hubiésemos tenido mucho gusto en ello; pero como este caballero tiene que ver al amigo... (Bajo á Andrea.) No insistas.
- PAB. Qué es un amigo? Ciento dejaría yo por pasar un rato en la agradable compañía de ustedes.
- AND. Gracias, y ya que es usted tan amable...
- MAR. (Bajo á Andrea.) (No insistas, no insistas, por Dios.)
- AND. (Sin escuchar á María.) Espero que no desairará mi ofrecimiento.
- PAB. De ningun modo. Voy á decirle á mi madre que no me espere hoy para almorzar, y soy con ustedes al momento. (Qué amabilidad tan repentina!)
- MAR. (Y qué hago yo ahora con dos?)
- AND. Cuento con su palabra. (A Pablito.)
- PAB. Señoras... (Saludando para salir. Se dirige hácia la alameda mientras María dice á Andrea por lo bajo.)
- MAR. Qué has hecho?
- AND. Déjame en paz! (Rechazando á María y entrando en la casa al propio tiempo que sale Felipe por la alameda.)
- MAR. (Al ver á Felipe.) (Ah!)
- PAB. (Saliendo y saludando á Felipe.) Muy servidor de usted.
- FEL. Beso á usted la mano. (A Pablito. Luego añade para sí reparando en la rosa que éste lleva en el ojal de la levita.)
Hola! (Se vá Pablito.)

ESCENA XI.

MARÍA.—FELIPE.

- FEL. (Contemplando á María.) (Y ha pasado la vida en un convento! Es mi deber estar celoso; esto coronará la fiesta.)

- MAR. (No me atrevo á desplegar los lábios.)
 FEL. Muy bien, señorita! Fie usted en el amor de las mujeres!
- MAR. Es... que...
 FEL. Dónde está la rosa que dí á usted antes?
 MAR. (Ay qué miedo!) Se la dí á Pablito; pero sin malicia. Me la pidió delante de mi hermana y no por él, sino porque Andrea no sospechase que la tenia en mucho...
 FEL. (Y no tiene más que quince años! Digo, cuando tenga veinticinco quién la alcanza?) Eso es falso!
- MAR. Ah! no!
 FEL. Pues bien, sea de ello lo que fuere, estoy resuelto á matar á ese hombre.
- MAR. A Pablito?
 FEL. Sí, á mi rival. Déjeme usted paso.
 MAR. An! No, no, imposible! (Interceptando el paso á Felipe.)
 FEL. Señorita! (Queriendo pasar.)
 MAR. Andrea! Andrea! (Llamando.) Yo no quiero que por mí... Andrea!
 FEL. Cállese usted.
 MAR. Andrea!

ESCENA XII.

.FELIPE—ANDREA—.MARIA.

(Sale Andrea de la casa.)

- AND. Qué sucede? Caballero! (A Felipe.) Es esto casa de orates? (A los dos.) Yo creía á usted más sensato! (A Felipe.)
 FEL. No es mia la culpa, señora.
 AND. Pues de quién?
 FEL. De esta señorita.
 AND. Tuya? Esplíquense ustedes.
 MAL. Es que este caballero ha visto la rosa aquella. .
 AND. Sí...

- MAR. Sobre el pecho de Pablito.
 AND. Ya!...
 MAR. Y quiere provocar un duelo.
 AND. Un duelo?
 FEL. (No vá mal.) Un duelo, sí, señora.
 MAR. Y yo queriendo impedir...
 AND. (Buena ocasion.) Retírate, María, que yo arreglaré el asunto con este caballero.
 FEL. Yo suplico á usted que no demore...
 AND. Un momento.
 MAR. (Bajo á Andrea.) Evita el duelo á toda costa.
 AND. (Confía en mí!) (Bajo á María.)
 MAR. (En qué laberinto me he metido!) (Entra en la casa.)

ESCENA XIII.

ANDREA. FELIPE.

- AND. (Ahora veremos.)
 FEL. (Ya vá entrando en vereda.)
 AND. (Puesto que para agradará estos señores, es preciso ser coqueta, lo seremos una vez.) (Se sienta.)
 Qué debo pensar, caballero, de su conducta de usted?
 FEL. Señora, no puedo dar ninguna explicacion. Tengo que marcharme...
 AND. Deténgase usted un momento. Yo se lo suplico.
 FEL. Es que...
 AND. Yo se lo ruego y espero que no me desairará.
 FEL. En fin... ya escucho.
 AND. Gracias... Y ha de permanecer usted de pié?
 FEL. Por cinco minutos...
 AND. No, estando yo sentada.
 FEL. Ya que es preciso. (Se sienta en un banco al otro extremo de la escena.)
 AND. (Con mucha amabilidad) Cómo? Tan lejos?
 FEL. Estoy bien aquí.
 AND. Lo comprendo; pero cualquiera que nos viese, creeria que estábamos reñidos... y... no lo estamos... Al ménos yo... (Pausa.) (Dios mio! Por

qué callará tanto este hombre?) Vamos, caballero, siéntese usted un poquito más cerca. (Me has despreciado y he de verte rendido.)

FEL. En dónde, señora?

AND. Aquí! (Señalando una silla que estará á su lado. Felipe se sienta en ella.)

FEL. Ya está usted servida.

AND. Jesús! Lo dice usted de una manera... Parece que le pesa á usted estar á mi lado...

FEL. Tralará, tralará, tralará... (Tarareando.)

AND. ¿Esto más? Tengamos calma, que está mi orgullo de mujer empeñado en esta empresa. He detenido á usted un momento, señor don Felipe, para suplicarle que desista de ese duelo.

FEL. Mi honor, señora, debe quedar bien sentado.

AND. Si el asunto mereciese la pena, no digo que no; pero usted mas exajera la situacion en que se halla.

FEL. Su hermana de usted, señora...

AND. María es una niña y no debe usted fijar la atencion en sus tonterías, porque de lo contrario—se lo prevengo—de estos lances tendrá usted muy amenudo. Y es natural, pues como no comprende el valor de ciertas apreciaciones, comete las ligerezas que son consiguientes á su inexperiencia. Así, olvide usted el duelo, la rosa y el amor de María, que es demasiado niña para usted; y si piensa casarse, hágalo con una mujer cuya edad sea más proporcionada á la suya, y sus ideas, por consiguiente, más sensatas.

FEL. Mi edad no difiere mucho de la de María.

AND. Pero caballero, si mi hermana tiene quince años y usted ha cumplido ya los treinta.

FEL. Bien, y qué?

AND. Que para usted es más adecuada una mujer de veinticinco años... Precisamente de veinticinco no;... pero, vamos, de veinticuatro... de veintiseis;... pero nunca, nunca de quince.

FEL. No, es que las mujeres de veinticinco años—ya se lo dije á usted antes—no me gustan.

AND. Pero...

- FEL. Nada, nada; que no me gustan.
- AND. Prudencia un momento más. Y luego es triste que usted se bata por una bagatela, exponiéndose á perder la vida que en tanto apreciarán las personas que le quieran bien.
- FEL. Yo no tengo á nadie que bien me quiera en el mundo.
- AND. Eso no es verdad.
- FEL. Ah! Usted sabe de álguien que me profese afecto?
- AND. Sí, yo, por ejemplo.
- FEL. Usted?
- AND. Le conozco hace un año y nada tiene de particular...
- FEL. Y sentiria usted que me ocurriese alguna desgracia?
- AND. Ah! Sí! sí! Mucho!
- FEL. (Acercándose á Andrea.) De veras?
- AND. Puede usted dudarlo? (Tanto que yo odiaba la coquetería, y es un buen medio.)
- FEL. Y lloraria usted mi muerte?
- AND. Toda mi vida!
- FEL. Pues bien, señora; no llore usted, no se apene...
- AND. (Ahora sí!)
- FEL. No sufra... porque... Porque maldito lo que me importa. (Se levantan los dos.)
- AND. Caballero!... Es usted desagradecido, y...
- FEL. Y qué más?
- AND. No hace falta decirlo. Démos fin á esta conversacion.
- FEL. Lo estoy deseando.
- AND. Pues bien, en una palabra; mi hermana no se casará con usted, porque mañana mismo la envio otra vez al convento, de donde no volverá á salir; y ese duelo no se verificará porque ahora, en este momento, voy á dar parte á la autoridad para que lo impida.
- FEL. Usted me recuerda la ofensa que he recibido. Beso sus piés. (Hace como que se va y vuelve.) El amor es ciego; y aunque mi agravio es grande, si hoy mato á mi rival, mañana mismo me caso con María.

AND. Con mi hermana? Jamás!
 FEL. Pero, señora...
 AND. Basta!
 FEL. Es que...
 AND. Basta!
 FEL. Y sobra!
 AND. Usted, usted es quien sobra aquí.

ESCENA XIV.

MARÍA.—ANDREA.—FELIPE.

(Sale María de la casa.)

MAR. (Aun no se ha ido!) Lo arreglaste? (Bajo á Andrea.)
 AND. He cortado por lo sano.
 FEL. Si mal no he oido, me ha dicho usted antes que estaba aquí de más.
 MAR. Cómo? Le despides? Y el duelo? Y el pobre Pablito?
 AND. Vete al diablo con tu Pablito. (A María.) Caballero. (A Felipe.) no acostumbro á repetir las cosas.
 FEL. Es que antes de salir tengo derecho á preguntar por qué se me despide.
 AND. Estoy en mi casa y obro como mejor me parece. No quiero dar más explicaciones.
 MAR. Pero, Dios mio, qu es esto?
 FEL. Es usted una señora, y no debo insistir más. (Se dirige hácia la alameda.)
 AND. (Oh, Dios! Qué hecho?) Pero caballero?... (A Felipe.)
 FEL. Beso á usted los piés. (Se va por la alameda.)

ESCENA XV.

MARÍA.—ANDREA.—FELIPE.

AND. Y se va? Oh!.. Estoy por llamarle!.. Jesús! Qué digo?
 MAR. Irá á matar á Pablito? Ay! A mí me va á dar algo!

- AND. Si él me desprecia, cómo puedo decirle yo que le amo?
- MAR. Tú? Tú le amas?
- AND. Necia de mí que no quise oír sus palabras de amor y he tenido que escuchar hoy las de su desden. (Sale Felipe y queda escuchando la conversacion de Maria y Andrea.)
- MAR. Pero, hermana mia, qué estás diciendo? Yo no sé lo que me pasa!
- AND. Ya lo ves, se ha ido; no volverá más; yo voy á morirme de pena!
- MAR. Vamos, estoy viendo visiones! (Felipe se acerca á Andrea.)
- AND. Si yo le volviese á ver á mi lado, si pudiese decirle: "Te amo" (Esta última frase la dice volviéndose y encontrándose con Felipe cara á cara)
- FEL. Y yo tambien!
- AND. Oh! (Cubriéndose la cara con las manos.) Jesús! Qué he dicho? (Avergonzada.)
- FEL. Lo que usted no quiso escuchar de mis labios.
- AND. Y he sido la primera!
- FEL. De una manera ó de otra habia que obligar á usted á conocer la razon.
- AND. Cuando digo que todos los hombres son de la piel del diablo! Ah! siempre de sus travesuras es víctima la mujer!
- FEL. Si tanto le pesa á usted...
- AND. Oh! no hablemos de eso.
- MAR. Chist! Chist! (A Felipe.) Y yo?... y yo?
- AND. Pobre María!
- MAR. Bonito papel he jugado.
- AND. El que juega siempre una coqueta... Ahora te convencerás de que la que quiere agradar á todos, suele no agradar á ninguno.
- FEL. No tanta severidad, que aún es muy niña.
- AND. No es bueno que las niñas coqueteen tanto. Yo nunca coqueteé...
- FEL. Y cayó usted en el extremo opuesto.
- AND. Es verdad.
- MAR. Y el duelo?
- FEL. Fué una farsa, que espero me perdone usted, así como...

